



Malena De Windt

Muerte en el Club de lectura

Muerte
en el
Club de lectura



Malena De Windt

Muerte en el Club de lectura



intermedio

Para Sharen y Shurmen.

Muerte en el club de lectura

© 2022, Malena De Windt

© 2022, Intermedio Editores S.A.S.

Primera edición, febrero de 2022

Edición

Pilar Bolívar Carreño

Equipo editorial Intermedio Editores

Concepto gráfico, diseño y diagramación

Alexánder Cuéllar Burgos

Equipo editorial Intermedio Editores

Imagen de portada

iStock

Intermedio Editores S.A.S.

Avenida Calle 26 No. 68B-70

www.eltiempo.com/intermedio

Bogotá, Colombia

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.

ISBN:

ISBN 978-958-504-038-0

Diseño epub:

Hipertexto – Netizen Digital Solutions

Contenido

Agradecimientos

Asesinato a tres lectores

Kendra, la 'Misteriosa de los libros'

Que empiece el club de lectura

18 de julio de 2017

19 de julio de 2017

20 de julio de 2017

Los cadáveres y la llegada de la policía

Interrogatorios: primera parte

20 de julio de 2017 14.25 h

20 de julio de 2017 14.55 h

20 de julio 2017 15.30 h

20 de julio de 2017 17.05 h

20 de julio de 2017 18.35 h

22 de julio de 2017

24 de julio de 2017

Interrogatorios: segunda parte

24 de julio de 2017 13.09 h

24 de julio de 2017 15.39 h

25 de julio de 2017

Interrogatorios: tercera y última parte

25 de julio de 2017 14.37 h.

Nota de la autora

Nota al pie

Agradecimientos

Quiero agradecer a mi esposo, Shurmen de Windt, por soportar mis preguntas sobre sus conocimientos y experiencia en la policía de Curaçao, pero, sobre todo, por su apoyo y amor incondicionales. Le agradezco a Luis Fernando Afanador por aceptar leerme, corregirme y enseñarme tantas cosas sobre escritura que valoro enormemente. Gracias por creer en este proyecto cuando estuve a punto de tirar la toalla y dedicarme a otra cosa. Fernando Hinojosa, médico de Barranquilla estuvo atento en responder un par de preguntas sobre medicina, a él gracias por su buena disposición y amabilidad, pero también por ser uno de los primeros en comprar y sacar tiempo para leer mi primer libro, por sus lindas palabras. Quiero aprovechar para agradecer a todos los lectores que han estado pendientes de mí, que me han dicho palabras hermosas de mi primer libro y que me han apoyado; en especial, quiero mencionar a Javier Roper García, que me ha mostrado su cariño y su apoyo sin parar durante estos cinco años que me he tardado en volver a publicar. Muchas gracias, Javier, quiero decirte que tienes un corazón hermoso y un alma pura y noble. Te quiero. Y, por último, pero no menos importante, quiero agradecer a Misael Blanco por interesarse en mi proyecto, por pedirme que le explicara de qué se trataba, sin usted no habría podido publicar, y gracias también a mi editora María Alejandra

Mouthon por su atención y amabilidad en todo momento y gracias también a Pilar Bolívar, mi editora, por estar atenta a mis comentarios y por la confianza que me ha brindado en este proyecto..

Asesinato a tres lectores

Hallazgo de los cuerpos

El primer cuerpo fue encontrado en el sótano de la casa. La piel se hinchó y se veía inflada, como si la epidermis se hubiera separado de la dermis y del tejido subcutáneo. Las yemas de los dedos de la mano estaban oscurecidas al igual que el resto de la piel del cuerpo. A veces este suele explotar pasado un cierto tiempo, pero esto no pasó con este cadáver visiblemente intoxicado. El cuerpo estaba acostado boca arriba con la cabeza hacia la puerta de salida, teniendo en cuenta que hay una puerta que da hacia el interior de la casa y al extremo derecho una que da hacia afuera. Su cabeza apuntaba a esta última. No hay signos de violencia, ni un solo aruño. La puerta que da hacia el interior no tiene picaporte, de modo que hay que cerrarla con una llave tanto desde adentro como desde fuera. La otra puerta sí tiene picaporte. Se puede cerrar con seguro desde adentro. Ambas puertas estaban cerradas y la llave en la cocina. Se buscó por todo el sótano alguna otra llave, pero no encontraron nada. Por esta razón, quedaba descartado un suicidio. Si se hubiera suicidado y encerrado, la llave hubiera quedado adentro. Se revisó toda el área en busca de otra llave.

Los otros dos cuerpos estaban juntos. Uno al lado del otro afuera de la casa, detrás de unos arbustos, en una isla

pequeña y a una distancia de unos diez metros desde el sótano. Encontraron marcas en las espaldas de ambos que indican que fueron arrastrados desde el sótano hasta esa parte. La sangre de uno de ellos fue encontrada mediante un análisis sobre el piso del sótano, producto de un golpe en la cabeza. Su sangre también salió por los ojos y las orejas. El otro tenía una herida de cuchillo en el área del estómago. Sangró por dentro y toda su piel ya estaba morada y descompuesta. Cada vez que el personal de la policía miraba los cadáveres, la piel del rostro se les contraía y sus miradas parecían reducirse como si sus ojos buscaran refugiarse desesperadamente en una especie de película protectora como filtro al horror. Aun así, se restauraban pensando que era una escena más de tantas en su cotidianidad laboral: un dibujo en blanco, el cual solo necesita llenarse con los colores exactos en los espacios correctos, aunque esos colores no fueran los más agradables. Más tarde compararían las fotos de uno de los cuerpos con una foto en vida y se notaría una enorme diferencia. Con el tiempo que llevaba de muerto al ser encontrado, aquellos rasgos finos y hermosos se convirtieron en una especie de monstruo hinchado sin apariencia humana alguna, al igual que el otro con el cráneo destrozado y lleno de sangre por todas partes; sangre que pareció haberle explotado por los orificios y los poros. ¿Qué pudieron haber hecho estos pobres muchachos para merecer este final tan cruel y despiadado? Pero el orden en que fueron encontrados no es el orden en que fueron asesinados. Los mataron a cada uno en un día distinto del otro. O, para ser precisos, en una madrugada distinta.

Kendra, la ‘Misteriosa de los libros’

Unos meses antes de los asesinatos

Lo conocí en una librería cuando un amigo mío, un escritor novato, me invitó a una charla de este otro escritor ya consagrado sobre el lanzamiento de su nuevo libro. Un tal Fernando Paternina. No me llamó la atención ni él ni su libro, una novela romántica con toques de comedia, titulada: *Todo lo que no quieres saber de mí*. Odio el romance y el erotismo en las novelas y esta prometía mucho de ambos, de modo que mi única razón de estar allí era porque quería ver a mi amigo escritor y hablar un rato con él. Me emocionó que me invitara “a donde sea”, aunque hubiera preferido un parque o una cafetería. Pensaba que cuando me viera por primera vez en persona, por fin se le iba a quitar toda esa timidez que ha mostrado entre tantas charlas por internet. Fue peor. Llegué en el momento en el que el tal Fernando se disponía a hablar por el micrófono.

Estaba sentado detrás de una mesa rodeado de numerosas copias de su libro nuevo. Mi amigo me saludó ansioso, igual que un hinchado de fútbol a punto de ver la jugada de su equipo favorito y que no quiere que lo interrumpen. Me dio la mano en un movimiento acelerado, se le dibujó una sonrisa nerviosa y forzada. Apenas me miró. La librería estaba a reventar, no alcanzaron las sillas

y muchos se sentaron en el piso. Otros, como mi amigo, estaban de pie; nos conformamos con ver un pedazo de frente. Numerosas cámaras de teléfonos móviles adornaban la voz ronca y suave del escritor, que no se mostraba para nada nervioso. Su voz era ronca y suave a la vez era fuerte y segura. No dudaba ni se atascaba en las palabras. Tenía una especie de magnetismo; me atrajo. No era como algunos escritores que he conocido: talentosos, pero tímidos frente a una cámara o una entrevista. En el tiempo que llevo leyendo libros, reseñando y entrevistando escritores, nunca había visto a un escritor que reflejara tal confianza en sí mismo.

Me sentí fuera de órbita y aquella invitación de mi amigo me gritaba en los oídos mi completo desconocimiento sobre ese escritor. ¿Cómo es posible que no supiera nada de su existencia? ¿Será que alguna vez he visto algún libro suyo por ahí y lo he ignorado? Como apenas le podía ver la frente, me harté de estar ahí parada sintiendo el aire caliente de múltiples murmullos los constantes y ensordecedores clics de las cámaras y la voz del escritor se escuchaban afuera. Decidí echar un vistazo en la librería por si me antojaba de algo mientras seguía escuchando. Me acomodé el bolso sobre mi hombro y mi amigo no se percató de mi huida. Tuve que esquivar varias cámaras para no dañar sus filmaciones.

Los pasillos de los libros de ficción juvenil estaban despejados. Respiré aire puro y fresco. Empecé a buscar alguna saga que me interesara o una que tuviera pendiente. En ese momento, el autor, cuya voz inundaba todo el lugar, parecía aplastarme la cabeza cuando dijo la cantidad de libros que tenía publicados; sentí la palabra “veinte” como si el escritor hubiera venido corriendo a decirme solo esa palabra en mi cara, y marcharse de inmediato. “Sí, ok. No lo sabía”. No puedo conocer a todos los autores que hay en este país, así sea una *booktuber* muy popular. Y es bien sabido que no atiende

recomendaciones de libros: si les contara los chascos que me han pasado...

La palabra “veinte” siguió resonando en mi cabeza hasta que decidí salir de ese pasillo. Al girar a la izquierda, en la esquina del siguiente pasillo, estaban todos los libros del autor. En todos, su nombre estaba adornado con corazones y estrellitas sobre alguna imagen romántica. Parejas abrazadas, manos enlazadas, besos pintados. Sentí unas ganas estrepitosas de comerme algo dulce y fue cuando en la hilera de abajo, poco antes de que me quitara de ahí y fingiera que nunca estuve, vi un título que me llamó la atención: *Cierra la puerta al salir*. Según la sinopsis, es una novela sobre una relación que se acaba. Lo tomé y vi que no era tan caro, no sé si por ser un libro no tan reciente. Miré hacia la mesa del autor y ya no se le veían ni las puntas del pelo. Era el momento eufórico donde había acabado su discurso y se disponía a firmar libros. Todos se levantaron de las sillas y del piso y se le abalanzaron sin control. ¡Vaya!, me dije, y aproveché para buscar otro libro como si quisiera demostrarle no sé a quién, que ese no era el único libro que quería comprar.

Me acerqué a una muchacha que trabajaba detrás de un mostrador y le pregunté que si ya había llegado a Bogotá la saga *Vientos de océano*. Me dijo que no, y después de haber chequeado en su computadora, agregó: “¡Paga ese libro en aquella caja si quieres!”. Lo dijo en un tono sumamente pretencioso, igual al que intenta decir: “el *boom* de ese escritor te ha agarrado a ti también”. Cuando volteé a ver la caja, la fila era tan larga que en cuestión de segundos me dio estrés, pero igual la hice. Al parecer, cada uno había comprado un mínimo de tres libros, incluyendo los del autor presente, y la fila avanzaba con lentitud. Giré de nuevo en dirección al autor y vi que recién salía del tumulto, agitando su brazo derecho como si estuviera cansado de firmar libros e intentara estirarlo y relajarse. Mi amigo me vio desde lejos haciendo la fila y también vio

que llevaba el libro del autor. Me clavó una sonrisa de oreja a oreja y me señaló con el dedo índice, como diciendo: “¡estás pillada!”. Me entraron unas ganas alocadas de salir de allí lo más pronto posible.

Llegó mi turno de pagar y en ese preciso momento también se acercó el autor a la caja. “¿Cómo vas, Marina?”, le dijo discretamente a la muchacha que atendía la caja mientras ella tomaba el libro de mis manos. “Aquí, viendo esta maravilla de fanaticada que usted tiene”, le contestó ella, haciéndole una risita coqueta mientras yo sacaba un billete grande de mi bolso y se lo entregaba. Él volteó a mirarme cuando la muchacha metía el libro en una bolsa, me lo entregaba y me daba el cambio. Esperaba a que él finalmente dijera: “¡Que lo disfrutes!”, tal y como se lo dijo a muchos otros, pero no dijo nada. Solo se limitó a mirarme como a alguien que conoce. Qué iba a saber cuáles serían mis gustos literarios. Estaría pensando: “¿Una lectora empedernida de sagas comprando un libro de romance? ¿Acaso se ha vuelto loca?”. Le miré las manos con disimulo y, aunque solo fue una vista rápida, alcancé a ver que tenía dedos gordos. Rápidamente guardé el libro en mi bolso y me pareció que aquello dio una impresión exacta y nítida, como si estuviera metiendo un paquete de papas fritas para quedar como lo golosa que soy; mientras eso sucedía, ya había dejado de mirar al autor, con la absoluta seguridad de que él seguía mirándome delante de todos. Era como si esperara a que le dijera algo.

Salí de allí a toda prisa. Nunca en mi vida había sentido la luz intensa y cegadora de un ojo observador que me hiciera pensar en muchas cosas a la vez. Una de ellas era el efecto vergonzoso que te da una caída en público. Otra, era esa insistente sensación de haberle caído mal a alguien. La brisa fresca de la ciudad trajo una llovizna repentina y, aunque corrí, no pude evitar mojarme cuando llegué al techo que cubre las sillas en la parada de bus... estaba empapada. “Es solo una llovizna, Kendra, solo te acaba de